

Arno Gruen

EL EXTRAÑO
QUE LLEVAMOS DENTRO

El origen del odio y la violencia
en las personas y las sociedades

Traducción de Arnau Figueras Deulofeu

arpa

SUMARIO

PREFACIO	9
EL EXTRAÑO	11
CÓMO EMPIEZA TODO	23
LA OBEDIENCIA	40
Las raíces	41
La servidumbre voluntaria	60
La transmisión de la condición de víctima	65
ADOLF HITLER	71
El hijo	74
El agitador	84
El líder (el <i>Führer</i>)	97
Digresión: Luigi Lucheni, un caso como el de Hitler	106
LAS PERSONAS QUE CONVIRTIERON A HITLER EN EL <i>FÜHRER</i>	114
El mito de Hitler	115
Hans Frank	126
El batallón policial de reserva 101 de Hamburgo	129
Autores de matanzas masivas en las SS	136
Prisioneros de guerra alemanes	139

ADOPTAR UNA POSE	146
OBEDIENCIA Y AMBICIÓN	153
Schneider/Schwerte: un proceso de negación	153
Carl Schmitt: el enemigo proyectado como realidad	156
LO MORTÍFERO	161
LA FALTA DE IDENTIDAD Y SUS CONSECUENCIAS SOCIALES	175
EL HOMBRE REDUCIDO	183
Hermann Göring	183
Rudolf Hess	196
Directivos	203
EL MENOSPRECIO A LOS DEMÁS	209
LA CAMARADERÍA	214
EL DOLOR Y LOS DESEOS DE AMOR	220
¿QUÉ PODEMOS HACER?	226
LA VIDA INTERIOR: LA CONDICIÓN INTERNA DE VÍCTIMA	233
NOTAS	245
BIBLIOGRAFÍA	255

PREFACIO

El extraño que llevamos dentro es esa parte de uno mismo que se extravió y que durante toda la vida, cada uno a su manera, tratamos de recuperar. Algunos lo hacen luchando consigo mismos, otros destruyendo a otros seres vivos. El conflicto entre estas dos orientaciones de la vida —ambas marcadas por la misma problemática— determinará el futuro de nuestra forma de ser humanos. Mi esperanza es que este libro contribuya a que logremos contener la parte destructiva antes de que se vuelva tan potente que se nos lleve por delante. Para ello no hacen falta iniciativas revolucionarias. Lo que me gustaría es, más bien, animar al compromiso diario de atender, día tras día y en cualquier circunstancia, al corazón.

Todos hemos experimentado la opresión y el rechazo profundos. En nuestra cultura es habitual que uno sea rechazado en su infancia porque no satisface las expectativas de los adultos. Al mismo tiempo, un niño no se puede considerar a sí mismo como víctima, pues ello contradeciría el mito de que todo sucede por amor y para su bien. Así, la condición de víctima se convierte en el origen de un estado inconsciente en el que la propia experiencia se tiene que expulsar y negar como si fuera algo extraño o ajeno. A partir de entonces, la persona buscará esa parte propia, sin ser consciente de ello. Es esa búsqueda lo que nos lleva a la perdición.

Los conocimientos que le ofrezco al lector en este libro están íntimamente relacionados con la vida y el sufrimiento de mis pacientes. A ellos les doy las gracias por la confianza que hizo posible nuestra labor compartida. Los padres de algunos de estos pacientes fueron criminales nazis. El coraje que demostraron al enfrentarse a ese destino contribuyó extraordinariamente a descifrar el enigma que se esconde en la transmisión de la propia condición de víctimas mediante la agresión.

Este trabajo me hizo sentir muy presente mi propio pasado: el choque del Imperio alemán con la República de Weimar y las repercusiones que tuvo en mi familia. El miedo, el hambre, el odio ciego: todo aquello que más tarde derivó en el nazismo en Alemania fue el telón de fondo de mis propias vivencias. Eso hizo que el proceso de escritura a menudo fuera doloroso.

Así pues, le doy las gracias a la señora Gertrud Hunziker-Fromm por su compromiso empático y por su profunda humanidad, lo cual amplió mi propia perspectiva. Hago extensivo este agradecimiento también a mi mujer, Simone Gruen-Müller, quien de todo corazón me apoyó y me alentó durante este periodo duro para mi familia. La ayuda comprensiva y creativa de Monika Schiffer al trasladar mis palabras en un lenguaje accesible para el lector contribuyó de forma decisiva a que mis inquietudes se transmitieran de una forma más inteligible. A todas ellas les doy las gracias de todo corazón.

Zúrich, febrero de 2000

ARNO GRUEN

EL EXTRAÑO

Vivimos en un mundo en el que cada vez somos más dependientes unos de otros y en el que, sin embargo, nos volvemos cada vez más unos contra otros. ¿Por qué las personas se vuelven en contra de lo que las une, en contra de lo que tienen en común: su condición de seres humanos?

Milovan Djilas, camarada de Tito en la guerra de los partisanos contra los nazis y posteriormente uno de sus críticos más feroces, describe en su texto autobiográfico *Tierra sin justicia* (1958) los horrores de un mundo de hombres en el que la actitud humana se despreciaba por considerarse una muestra de debilidad.

En una ocasión, después de la guerra, Sekula (montenegrino y yugoslavo) se encontró con un musulmán turco. Los dos iban de Bijelo Polje a Mojkovac. No se habían visto nunca antes. La carretera rural pasaba por una zona densamente boscosa y era tristemente conocida por los atracos por la espalda. El musulmán estaba contento de ir en compañía de un montenegrino. Y Sekula también se sentía más seguro con un turco, pues era de temer que hubiera turcos partisanos cerca. Los dos conversaron de modo amigable y se ofrecieron cigarrillos el uno al otro. El musulmán resultó ser un pacífico padre de familia. Por el camino, atravesando la naturaleza agreste, los dos hombres fueron conociéndose mejor.

Djilas escribe que más tarde Sekula dijo no sentir resentimiento contra el musulmán. Para él era como cualquier otra persona, con la única diferencia de que era turco. Pero precisamente esa incapacidad de sentir rechazo contra el turco despertó en Sekula un sentimiento de culpa. Djilas sigue diciendo:

Era un caluroso día de verano. Puesto que el camino atravesaba un bosque siguiendo un arroyo, los dos viajeros sentían un fresco agradable. Cuando finalmente se sentaron para comer algo juntos y descansar, Sekula sacó su pistola. Era un arma bonita, y quería presumir un poco. El musulmán la observó con cara de elogio y quiso saber si estaba cargada. Sekula asintió y en ese momento se le ocurrió que podía matar fácilmente al turco, solo tenía que apretar el gatillo. (Sin embargo, en ese momento aún no había tomado la decisión de hacerlo.) Dirigió la pistola hacia el musulmán y apuntó justo entre sus ojos. Después dijo: «Sí, está cargada, y ahora podría matarte». El musulmán se rio y pidió a Sekula que apartara el arma, ya que se podía disparar por accidente. En ese momento Sekula tomó conciencia de que tenía que matar a su compañero de viaje. Si dejaba vivir al turco, no podría soportar la vergüenza y la culpa. De modo que disparó, como al azar, entre los ojos sonrientes del hombre.

Cuando más adelante Sekula hablaba de la situación, afirmaba que en ese momento, cuando apuntó, de broma, la pistola a la frente del musulmán, no tenía intención de matarlo. «Pero luego fue como si su dedo apretara el gatillo sin que él se lo ordenara. Algo en él estalló, algo con lo que había nacido y que no podía contener». Debió de ser el momento en que Sekula se sintió tan cerca del turco que la vergüenza se apoderó de él. Por absurdo que pueda parecer, hizo lo que hizo no por odio, sino por lo contrario: mató porque no podía odiar a aquel «extraño». Por eso sentía vergüenza y se sentía culpable. La amabilidad y la bondad que percibía en sí mismo se transformaron en una sensación de debilidad. Una sensación que tenía que apla-

car. Cuando mató al otro, mató la sensibilidad humana que llevaba dentro de sí.

Klaus Barbie, el carnicero de la Gestapo en Lyon, quien torturó hasta la muerte al combatiente de la Resistencia francesa Jean Moulin, dijo en una entrevista con Neal Ascherson en 1983: «Cuando interrogué a Jean Moulin, tuve la sensación de que él era yo». Es decir, lo que aquel asesino le hizo a su víctima se lo hizo en cierto modo a sí mismo.

A lo que quiero llegar es a lo siguiente: el odio a los demás siempre tiene algo que ver con el odio a uno mismo. Si queremos entender por qué las personas torturamos y humillamos a otras personas, antes tenemos que analizar lo que detestamos en nosotros mismos. Pues el enemigo que creemos ver en otras personas tiene que encontrarse originariamente en nuestro propio interior. Queremos acallar esa parte de nosotros mismos aniquilando a ese otro que nos la recuerda porque se parece a nosotros. Solo de esa forma podemos mantener alejado aquello que en nosotros mismos se ha vuelto ajeno. Solo así podemos vernos como personas dignas.

Este proceso interior que intento describir es omnipresente y nos afecta de un modo u otro a cada uno de nosotros. Quisiera ilustrarlo ahora con un par de ejemplos de mi práctica profesional.

Un paciente me cuenta una vivencia de su infancia. Tenía cinco años cuando su padre se permitió gastarles una broma a dos conocidos que eran hermanos. El padre llamó a los dos hermanos (vivían en casas distintas) para comunicarles que el otro hermano había sufrido un accidente. Al parecer, le parecía gracioso imaginarse a los dos hermanos corriendo absolutamente aterrados para finalmente darse de narices el uno contra el otro a medio camino. Y eso fue exactamente lo que pasó.

Ese hombre, a quien todo el mundo apreciaba por ser un padre bueno y cariñoso, negaba sus motivaciones sádicas. Su dedicación y su cuidado eran solo una pose con la que encubría lo que en realidad caracterizaba la relación con su hijo, a saber, la

falta de sensibilidad y de empatía. Aunque de niño el paciente fue expuesto a experiencias dolorosas e hirientes como la descrita, como adulto a menudo se comportaba exactamente igual que su padre. Un día fue invitado a cenar en casa de un hombre discapacitado. Ese hombre le contó una anécdota en la que un taxista le había ofendido a causa de su desvalimiento, y le habló del sentimiento de miedo y de desamparo que había tenido (el hombre era parapléjico). En la sesión de terapia el paciente contó, lleno de orgullo, que había demostrado a su anfitrión la agresividad con que se habría impuesto él en aquella situación. Ya no tenía acceso a su propia sensibilidad ni a su miedo; por el contrario, rechazaba esos sentimientos, al igual que su padre, por considerarlos una debilidad.

Otro ejemplo: una paciente pasa una tarde con dos conocidos cuya aprobación personal y profesional son muy importantes para ella. Hace cuanto está en sus manos para adaptarse a sus deseos y expectativas en lo social y en lo personal. Al cabo de un rato su marido se une al grupo. Desde el primer instante percibe a ese hombre como alguien desagradable, asqueroso, repugnante. Estos sentimientos la atormentan. Pero no puede deshacerse de ellos, aunque es consciente de que poco antes, esa misma tarde, su marido le había parecido simpático y comprensivo.

En la siguiente sesión de terapia le viene a la mente una imagen de su madre. Sus relaciones, ya fuera con los hijos, su marido o sus amantes, estaban marcadas exclusivamente por el sentido del deber. Todo giraba en torno a tener una conducta correcta. La paciente siempre había ansiado una relación cariñosa y afectuosa. Sin embargo, la madre despreciaba completamente esas necesidades. No solo rechazaba todo lo que entrañara cariño por ser una flaqueza, sino que para la hija había sido una fuente de peligro mortal. La infancia de la paciente estaba marcada por acontecimientos en los que su vida estuvo amenazada. Alguna vez se olvidaron de ella siendo un bebé, otra el cochecito descendió por una pendiente a toda velocidad y volcó porque su madre lo había aparcado en una cuesta sin ponerle el freno.

Aun así, todo el mundo consideraba que la madre era sumamente cariñosa y cuidadosa.

En la sesión de terapia, la paciente se dio cuenta poco a poco de que su reacción ante su marido tenía algo que ver con la relación con su madre. Había considerado a los dos conocidos, que esperaban de ella una buena conducta y a quienes quería agradar, como su madre. Eso había desatado en ella el antiguo horror. La invadió el miedo inconsciente a haber hecho algo que contraviniera las órdenes de su madre. El dictado de su madre —que la hija tampoco debía tener ninguna relación cariñosa— no se podía contradecir. Por eso tenía que rechazar a su marido y su amor.

Otro paciente, un geólogo de cincuenta años, me habló acerca de su padre, quien luchó como voluntario en la Wehrmacht de Hitler. El padre mostraba no solo una actitud extremadamente autoritaria para con su hijo, sino que lo castigaba físicamente por las mínimas desviaciones del comportamiento prescrito. A su esposa también la trataba con desprecio y violencia. Aun así, la madre nunca protegió al niño. Solamente una vez, cuando el hijo tenía siete años, ella intervino, pues creía que el padre, furioso, le pegaría hasta matarlo. Al hijo, obediente y siempre dispuesto a someterse, en su edad adulta lo atormentaron grandes sentimientos de culpa cuando dudaba de su padre. Vino a terapia porque, a pesar de todo, había conservado la sensación de que en el mundo en el que vivía algo no funcionaba bien. El paciente había tomado tempranamente la decisión de que nunca iba a tener hijos. Siempre que oía niños llorando se ponía furioso. Experimentaba ese llanto como un intento de obligarle a aceptar algo. Eso lo ponía tan frenético que tenía miedo a arrojar un niño contra la pared en el caso de encontrarse en tal situación. Y tan lejos no quería llegar.

Aquí nos encontramos con una persona que no quiere transmitir lo que le hicieron a ella. Aun así, inconscientemente la identificación seguía influyéndole. Su reacción ante niños llorando era la reacción de su padre ante él cuando era un bebé. Su ira era

la ira de su padre. Había interiorizado por completo el odio de su padre como algo propio. Así, lo propio, y también la condena de su dolor recibida de su padre, se convierten en algo ajeno para luego condenarlo fuera de las fronteras del propio yo.

Un profesor universitario de matemáticas habla en la sesión de terapia acerca de un problema que siempre tiene en sus cursos introductorios. Tiene tendencia a profundizar demasiado en la materia y a detenerse demasiado en los detalles. Eso provoca que no logre dar toda la materia que habría que impartir en la clase. Así, los estudiantes tampoco pueden aprobar los exámenes, donde no se preguntan detalles sino un amplio espectro de conocimientos superficiales. El paciente tomó conciencia de que llevaba dentro la presión por ser minucioso. Cuando le pregunto por qué tiene que ser tan minucioso, aunque en el caso descrito es más bien contraproducente, él responde: «Mi madre era casi perfecta, y mi padre daba lecciones a todo el mundo. Pasaba por encima de todo el mundo y lo sabía todo mejor que los demás. Cuando yo tenía apenas dieciocho años, estaba trabajando en el jardín y me dijo cómo tenía que coger el rastro. Más tarde quise demostrarle que yo podía ser aún mejor. Por eso me hice matemático. Así lo superé de sobras, pues él era solo ingeniero mecánico. Yo tenía unos conocimientos aún más esenciales y amplios».

Le expliqué a mi paciente que detrás de la sabihondez de su padre en realidad se escondía el afán de controlarlo todo. No dejaba que los demás, especialmente su hijo, viviesen su vida. El paciente me dio la razón. «Sí», dijo, «no permitía que nadie estuviera por encima de él. Él tenía el poder. Cuando mi madre me sentaba en el lavabo y yo no hacía lo que ella quería, se quejaba y blasfemaba. Entonces venía mi padre y me pegaba». Yo dije: «Para usted tuvo que ser el terror absoluto. En una situación así al niño no le queda más remedio que capitular y someterse a los padres». Él: «Sí, las víctimas se unen a sus secuestradores». Yo: «Quizá su minuciosidad sea una forma de unirse a su padre. El terror que le provocó lo llevó a identificarse con él».

El paciente quedó muy afectado. «Soy adulto y, sin embargo, siento como si dependiera de fuerzas ajenas», dijo. Observaba su comportamiento desde la perspectiva de un niño. Se preguntaba por qué nunca quiso tener hijos: «No me puedo ver como padre. Nunca quise asumir ese papel». Ahí se hizo patente su resistencia al padre cruel e imprevisible. El paciente no quería ser como él. Pero esa actitud de rebeldía casi le imposibilitaba reconocer lo mucho que había incorporado el patrón de conducta del padre. La identificación inconsciente se manifestaba, por ejemplo, en forma de problemas que guardaban relación con su necesidad de ser minucioso.

Las personas asumen los valores de sus torturadores por miedo al terror que acarrearía la vivencia de sus propios impulsos. La necesidad y el desamparo cuando somos pequeños nos hacen dependientes de nuestros padres. Para sobrevivir emocionalmente, necesitamos una cierta confianza en que los padres nos darán amor, protección y seguridad. Ningún ser desamparado puede existir siendo consciente de que las personas de las que depende física y psíquicamente se van a mostrar frías e indiferentes ante sus necesidades. Ese miedo sería insoportable, incluso mortal. Nuestra supervivencia como niños depende, pues, de que nos las arreglemos con nuestros padres; también, y sobre todo, cuando realmente los padres son fríos e indiferentes o crueles y represores.

En tal caso ocurre lo que quiero describir en este libro: lo propio se escinde como algo ajeno o extraño, pues el niño solo puede ver a los padres como personas cariñosas bajo la condición de que su crueldad se interprete como una reacción a su propio ser: es decir, en principio los padres son buenos; y, si alguna vez son malos, será por nuestra culpa. Así crece en nosotros la vergüenza de ser como somos. De esta forma, el niño procesa la actitud insensible de los padres en relación consigo mismo. Todo lo que le es propio es rechazado y se va convirtiendo en una fuente potencial de terror interno. Sus sensaciones, sus

necesidades, su forma de percibir las cosas se convierten en una amenaza existencial porque podrían llevar a los padres a quitarle el cuidado necesario para su supervivencia. La consecuencia es la identificación con los padres. Lo propio se rechaza considerándolo algo ajeno y, en cambio, asumimos la actitud de los padres, hostil para con los niños. «En realidad sé que lo hago todo bien, con los estudiantes», decía mi paciente, «pero no consigo sacarme de la cabeza la idea de que tengo que hacerlo mejor todavía. Y así lo estropeo todo».

Un paciente mayor, cirujano plástico de profesión, tenía muchas dificultades para pagar sus cuentas, sobre todo las facturas de la terapia. «De pequeño nunca tuve dinero», cuenta el cirujano. «Cuando iba al instituto ganaba un poco de dinero trabajando en una carpintería. Y tenía que dárselo a mi padre. Nunca pude decidir sobre mí mismo». Es un hombre que en muchos aspectos lleva una vida responsable y adulta, pero en esta cuestión parece estar todavía en mantillas. «Me admira que usted pueda exigir dinero sin tener mala conciencia. Yo siempre me siento mal cuando reclamo los honorarios a mis pacientes», dijo él. También teme ser tacaño. «Mi mujer me echa en cara que nunca le haga regalos. Cree que nunca la complazco. Y aquí, con usted, oigo la voz de mi padre. Dice que soy idiota si le pago tanto dinero».

Cuando le pregunto cómo se siente él, responde: «Como un idiota». Yo: «¿Opina usted que lo que sucede en las sesiones no tiene valor?». «No», contesta, y sin sombra de desprecio añade: «Lo que sucede aquí es magnífico. Pero algo dentro de mí no me deja pagar». Le indico que la remuneración es una contraprestación, tiene que ver con la igualdad. Él: «No, no es equivalente». Yo: «¿Se refiere a la contraprestación?». Él: «Mi madre es una santa. Me cuesta hacer regalos a las enfermeras de quirófano que me ayudan. Los regalos solo son algo superficial. No dicen nada de mi aprecio por los demás. Las enfermeras deberían saber, incluso sin regalos, lo mucho que las valoro. Mi expectativa es que el otro adivine mis sentimientos». Yo: «Usted quie-

re darles algo a las enfermeras, pero no puede. A mí me parece que usted niega el poder dar. Del hecho de no dar, su padre hizo una virtud. Pero usted me ha contado lo tacaño que era y cómo hacía pasar esa avaricia por un valor superior. Usted sufrió por ello, pero ¡deje eso atrás!».

«Sí», dijo él, «la semana pasada quería quedar con mi padre en Zúrich. Está débil y ya no ve bien. Sin embargo, quería venir a Zúrich en coche por la noche. Es demasiado tacaño para pagar el tren. Yo tenía miedo de que tuviera un accidente. De modo que le propuse reembolsarle el dinero del billete. Después del encuentro, cuando lo llevé a la estación, me vino la idea de no darle el dinero para el tren». Yo: «Está usted disociado. Una parte de usted piensa en la generosidad y puede actuar así. La otra es su padre, que no le permite algo así». El paciente suspiró aliviado. Estaba visiblemente contento de poder distanciarse por fin de ese padre interiorizado que nada tenía que ver con su propio ser.

En todos estos ejemplos, las personas reprimen lo que les es propio. Rechazan su propia visión, su empatía, sus sensaciones, porque se les ha enseñado que son despreciables, idiotas e inferiores. Uno convierte lo propio en algo ajeno, algo de lo que se avergüenza y, por tanto, que debe separar de sí y castigar. De ese modo, nuestra sensibilidad humana se convierte en el enemigo que amenaza nuestra existencia y que en todas partes —tanto en nosotros mismos como en los demás— debe combatirse y destruirse.

Una estudiante de un curso sobre terapia me pregunta durante una clase: «¿Cómo puede ser que yo misma, al trabajar con asilados, tenga de pronto pensamientos racistas? Anteayer hablé con un grupo de jóvenes albanos. Algunos dijeron: “*Quiero* una plaza de aprendiz”. Entonces tuve la sensación de que eran unos extranjeros arrogantes. Ahora, con su conferencia, de repente me ha vuelto a la mente algo antiguo y olvidado: me obligaban siempre a decir *querría* en lugar de *quiero*. Por eso odié a aquellos jóvenes albanos, por algo que aprendí a odiar en mí».

«El combatiente», escribe Barbara Ehrenreich en *Ritos de sangre* (1997), «busca al enemigo y encuentra personas que de forma determinante son reconocibles como él mismo». En su libro *El honor del guerrero* (1998) Michael Ignatieff reproduce una conversación que tuvo con un guerrillero serbio en una casa de labranza en el este de Croacia:

Me atrevo a expresarle que no soy capaz de diferenciar entre un serbio y un croata, y le pregunto: «¿Por qué piensas que eres tan diferente?». Él mira a su alrededor con desdén y coge un cigarrillo de su americana color caqui: «¿Lo ves? Esto son cigarrillos serbios. Allí enfrente [...] fuman cigarrillos croatas». «Pero ambas cosas son cigarrillos, ¿no?». «¡Los extranjeros no entendéis nada!». Se encoge de hombros y se pone de nuevo a limpiar su metralleta Zavosto. Pero, al parecer, la pregunta le ha irritado. Pasados unos minutos, tira su arma sobre la cama que está entre nosotros y dice: «Quiero decirte cómo lo veo. Los de allí enfrente quieren ser señoritos. Se consideran europeos modernos. Pero te digo una cosa: todos somos mierda balcánica».

Ignatieff sigue diciendo:

O sea, primero me da a entender que croatas y serbios no tienen nada en común. Todo es diferente, hasta los cigarrillos. Pero un minuto más tarde dice que el problema real de los croatas es que se creen «mejores que nosotros». Al final llega a esta conclusión: en realidad todos somos lo mismo.

En su ensayo *El tabú de la virginidad* escribió Freud en 1918: «Precisamente las pequeñas diferencias (entre personas) son, cuando hay otras semejanzas, el origen de los sentimientos de extrañeza y hostilidad entre ellas». ¹ ¿Por qué, se pregunta Ignatieff, los hermanos se odian con más vehemencia que los desconocidos? ¿Por qué los hombres y las mujeres siempre destacan sus diferencias, a pesar de que su material genético es idéntico, salvo uno o dos cromosomas? Su necesidad de marcar los límites entre sí parece ser tan grande que niegan coincidencias in-

negables como la capacidad intelectual y las presentan de otra forma, pese a que está demostrado desde hace tiempo lo contrario. La pregunta que está detrás de todo ello es la siguiente:

¿Por qué percibimos las pequeñas diferencias como una amenaza? ¿Cómo se llega a la paradoja de que vemos a otro ser como alguien extraño cuando es parecido a nosotros? Cuanto más cercanas son las relaciones entre grupos humanos, más hostiles son, previsiblemente, esos grupos unos con otros. Son los puntos en común lo que hace que las personas luchen entre sí, no las diferencias.

Este probablemente sea también el motivo por el cual, siguiendo a Freud, se puede decir que el origen de nuestra violencia es un miedo cuyo origen está en el propio yo.² Pero, a diferencia de Freud, para mí esto significa que el propio yo, puesto que se ha convertido en algo extraño o ajeno (él o partes de él), es una fuente constante de donde surgen nuestros miedos. En el ensayo «Lo ominoso» Freud da un ejemplo en el que él mismo experimenta su propia imagen como algo ajeno y, por tanto, como algo que hay que rechazar.

Es interesante experimentar el efecto que produce encontrarnos con la imagen de nuestra personalidad verdadera de forma imprevista e inesperada. E. Mach cuenta dos observaciones de ese tipo en *El análisis de las sensaciones*. Una vez se asustó, y no poco, al reconocer que el rostro que había visto era el suyo; en la otra ocasión, juzgó desfavorablemente a alguien que era supuestamente otra persona al subir al autobús: «Vaya maestro de escuela tan venido a menos». Yo puedo contar una aventura parecida: estaba sentado en un compartimento de un coche-cama cuando en una fuerte sacudida la puerta que daba al baño se abrió y vi entrar a un señor mayor en batín, con un gorro de dormir en la cabeza. Supuse que al salir del espacio entre dos compartimentos se había equivocado de dirección y se había metido por error en el mío; me levanté enseguida para informarle de la confusión, pero de pronto me di cuenta, perplejo, de que el intruso era mi propia imagen, que se reflejaba en el espejo que había detrás de la puerta que

comunicaba ambos cubículos. Todavía me acuerdo de que aquella imagen me desagradó profundamente. En lugar de asustarnos por nuestro doble, los dos —tanto Mach como yo— simplemente no lo identificamos. ¿Acaso no será que el desagrado era un residuo de aquella reacción arcaica que percibe al doble como algo ominoso?³

Es como si el yo, que contiene en sí mismo el desarrollo de lo extraño o ajeno, separado del entorno donde uno se siente reafirmado, de repente se viera como algo ajeno y, por tanto, reprochable. Así, el yo se convierte no únicamente en el lugar del miedo, sino en su origen. La omnipresencia de tales experiencias indica no solo la difusión universal de lo extraño como un factor determinante en nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos, sino también el origen de nuestras enemistades mutuas y de la necesidad generalizada de castigar a otras personas y a nosotros mismos.

En su obra *A Electra le sienta el luto*, el dramaturgo Eugene O'Neill pone en boca de Orin, un soldado de la guerra civil norteamericana, estas palabras sobre el hecho de matar en el campo de batalla: «Era como si uno matara al mismo hombre dos veces. Se apodera de mí la extraña sensación de que la guerra significa matar una y otra vez al mismo hombre, para comprobar, al fin, que ese hombre soy yo».⁴